

TARSICIO DE AZCONA: UNA FLORECILLA CAPUCHINA

Víctor Manuel ARBELOA MURU
vmarbeloa@gmail.com

Meses antes de morir, fray Tarsicio de Azcona (Jesús Morrás Santamaría) nos hizo el regalo de una breve autobiografía, bien titulada De campesino a historiador: Apuntes biográficos, un librito que adjetivé en su día como primoroso, instructivo y recopilador. Escrito en prosa franciscana, sencilla, alegre y ferviente; siempre modesta, elegante, compasiva a veces, humanista siempre.

Desde su nacimiento en casa Santamaría, en el concejo de Azcona, Valle de Yerri (1923), que un día recorrí, peregrino, para ofrecerle mi crónica como un pequeño regalo en la presentación de su libro sobre su pueblo, hasta la fecha de su muerte (2022) en el convento capuchino de extramuros de Pamplona. Un siglo entero de su propia vida y de la de los suyos, de la orden capuchina, de la Iglesia universal y de la Iglesia en Navarra, con todo lo que eso significa, contado por la mano maestra de un historiador ilustre e ilustrado, que escribía muy bien. (Como sé que en este número alguien, que le conoció mejor que yo, sinterizará todas esas historias, no debo decir más).

Cuando preparábamos la fundación de la Sociedad de Estudios Históricos de Navarra, a mediados de los ochenta, le conocí de cerca y le conocí entusiasta, y desde entonces así fue nuestra amistad, entusiasta y cercana. Y así nuestros coloquios sobre Dios y la Iglesia; sobre Europa, España y Navarra; sobre los acontecimientos del tiempo; sobre sus libros, los míos y los de otros; sobre todo.

Solíamos salir de vez en cuando a almorzar fuera de Pamplona con nuestro amigo Julio Gorriacho, historiador, y deán a ratos. Era una fiesta. Fiesta grande fue la de la entrega del premio Príncipe de Viana de la Cultura en Leire, antes de que arreciaran vientos de incultura. Ya en los últimos años, con su movilidad en horas menguantes, solía invitarnos al convento de extramuros, donde comíamos con toda la comunidad, los frailes vestidos de calle: a Julio, como es muy clásico, le gustaban más vestidos de capuchinos. Después, las comidas devinieron en cafés. Y, los últimos meses, entre la pandemia, que nos tenía cautivos a todos, y su creciente fragilidad, nos quedaron los correos electrónicos como pasarela de amistad y de comunicación.



Tarsicio de Azcona recibiendo el Premio Príncipe de Viana en 2014.

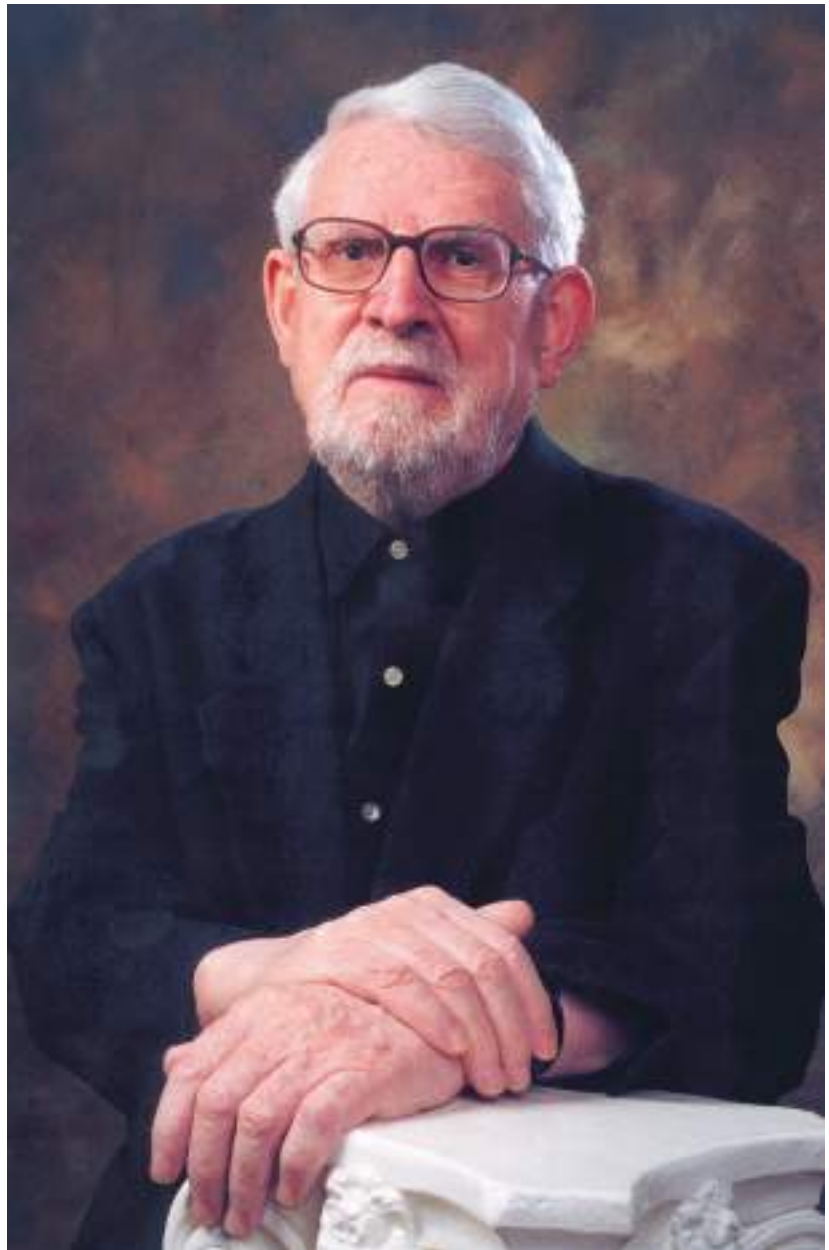
Ay, los correos de Tarsicio, cómo los añoro... Él fue siempre amable, qué digo, exquisito conmigo. No tuve lector de mi cuaderno de bitácora o de mis artículos en los periódicos, más solícito, ni animador, crítico o consejero mejor que él. Venciendo todo pudor, voy a citar los tres últimos, porque quiero que el lector los admire, como los admiré yo y algunos de mis amigos que los conocieron.

Me escribía en el correo del 21 de marzo de este año: Querido Víctor Manuel, me complace verte blandiendo tu espada en defensa correcta del "Fuero", aunque me encanta también que me describas cualquier pueblo, castro o valle de Navarra. Dinos el secreto de tu polifonía para saber tanto de campesino y certificado como historiador. A eso iba, a que el Gobierno de Navarra me publicó el libro "de campesino a historiador" y a que tienes un ejemplar a tu disposición para cuando bien te venga pasar por esta casa. Aunque cede el árbol, se mantiene tieso, leyendo tu Cuaderno de bitácora. Te auguro salud por muchos años y sus felices primaveras. Tarsicio.

En otro correo del 1 de abril, en el que me comentaba varios temas de la bitácora y un vídeo que le envié, acababa diciendo que no estaba tranquilo hasta no saber que tenía su libro en mis manos.

Publiqué, como arriba dije, un breve comentario sobre su libro el día 12 de abril. El día 19, recibía su último mensaje y su respuesta a mi felicitación de Pascua:

VM, te deseo una bendita y santa Pascua, en el Día, su octava y cincuentena. No estoy para amucho, pero estoy contento con el tono espiritual, tomando tu Bitácora día a día, válida más que el paracetamol. La explicación de las "construcciones evangélicas" viene bien repararla cada poco tiempo. Gracias por haber leído mi conciso libro y haberle colgado esas tres medallas. ¡A ver cómo lo recibe la opinión pública! Te auguro que mantengas tu mente en primavera como una pascua. Tarsicio.



Antes de su inhumación en el carnario capuchino de Pamplona, le despedí así, en nombre de todos los presentes y de los incontables ausentes que le debían respeto, gratitud y admiración:

*Hasta Dios, frater Tarsicio,
sabemos que alzaste el vuelo.*

*Paz y Bien es ese cielo,
Dios en su pleno ejercicio.*

*Bien remataste tu oficio:
ya es eternidad la historia,
ya la finitud es gloria
y gozo el penar humano.*

*¡Maestro, amigo y hermano,
Dios te guarde en su memoria!*

